



Hans Bellmer

**Anatomía
de la imagen**

«No pretendemos enumerar las incontables posibilidades de integración y desintegración, a partir de las que el deseo da forma a la imagen del deseo; sin embargo podemos prever una deriva de esos sueños interanatómicos en la superficie de la conciencia...».

ÍNDICE

LAS IMÁGENES DEL YO

LA ANATOMÍA DEL AMOR

EL MUNDO EXTERIOR

I
LAS IMÁGENES DEL YO

«El escorpión cura al escorpión».

PARACELSO

Pienso que los diferentes modos de expresión: la pose, el gesto, los actos, el sonido, la palabra, d. grafismo, la creación de objetos..., son todos el resultado de un mismo conjunto de mecanismos psicofisiológicos, y obedecen a una misma ley de nacimiento. La expresión elemental, la que no tiene un propósito comunicativo preconcebido, es un reflejo. ¿A qué necesidad, a qué impulso del cuerpo obedece?

Entre los reflejos que provoca un dolor de muelas podemos fijarnos, por ejemplo, en la contracción violenta de los músculos de la mano y de los dedos, cuyas uñas se hunden en la piel. Esta mano crispada es un foco artificial de excitación, una «muela» virtual que desvía, atrayéndola, la corriente de sangre y la corriente nerviosa del foco real del dolor, para disminuir su existencia. El dolor de la muela se desdobra, pues, a expensas de la mano; su expresión, el «pathos lógico», será su resultado visible,

¿Hay que concluir, entonces, que tanto la más violenta como la más imperceptible modificación refleja del cuerpo, del rostro, de un miembro, de la lengua, de un músculo, podrían explicarse como tendencia a desorientar, a desdoblarse un dolor, a crear un centro «Virtual» de excitación? En efecto, y ello implica concebir la continuidad deseable de nuestra vida expresiva en forma de una sucesión de desplazamientos deliberativos que llevan del malestar a su ima-

gen. La expresión, con lo que comporta de placer, es un dolor desplazado, una liberación.

* * *

La formación, bastante extraña, de tales centros virtuales de excitación parece constituir el factor esencial de la expresión, y debería ser objeto de investigaciones más continuadas. El dominio de exploración sería el de las percepciones interiores, conscientes o inconscientes, de nuestro organismo, y el de las migraciones de su centro de excitación predominante; percepciones donde se inscriben las «tensiones musculares», «la orientación en el espacio», «las sensaciones táctiles», junto con «las facultades auditivas y olfativas» que se les asocian.

A primera vista puede advertirse que el vocabulario habitual encontrará dificultades para adaptarse al mundo en perpetuo movimiento de estos esquemas interoceptivos, cada uno de los cuales copia a los otros y cuya descripción simultánea no se ha cultivado demasiado.

Cómo describir, sin empobrecerlo, el plano de situación de una niña sentada que «sueña», que se inclina indolentemente sobre la mesa —con el hombro izquierdo encogido y el brazo estirado—, que oculta la instintiva caricia de su mentón entre la axila y el pecho, inclinando la cabeza al mismo lado que el brazo y el hombro, cuya presión, reflejándose en la contrapresión de su base de apoyo, se desliza disminuyendo a lo largo de sus músculos, se detiene en torno a la articulación, prosigue por el codo, pasa ya debilitada por el puño ligeramente levantado, cobra un último impulso al descender por la mano para desembocar, entre la punta del índice y la superficie de la mesa, en el acento agudo de un granito de azúcar.

Se advierte con bastante claridad que una cierta lasitud de la niña por la noche determina esta actitud que juega

con ensoñaciones compensatorias, con promesas que comprende más o menos, de orden afectivo y sexual. Dado que de momento la prohibición del placer es un hecho indiscutible, de ello resulta la necesidad de negar la causa del conflicto, de borrar la existencia del sexo y de su zona, de «amputado», incluidas las piernas. La imagen, sin embargo, sigue estando disponible, preparada para descubrir una significación, un lugar vacante, para revestirse así de una realidad permitida.

Cuando se establece la analogía «sexo-hombro», mediante el gesto intuitivo del mentón, las dos imágenes entremezclan sus contenidos superponiéndose, el sexo a la axila, la pierna naturalmente al brazo, el pie a la mano, los dedos del pie a los de la mano. El resultado es una extraña fusión de lo «real» y lo «virtual», de lo «permitido» y lo «prohibido», de componentes en los que se gana vagamente en actualidad por un lado lo que se cede por el otro; y el resultado es una amalgama ambigua de «percepción pura» y de «representación pura», en la curva irisada por el leve desajuste de dos contenidos que se quiere hacer converger pero que se oponen. El choque de la confusión añadida, un cierto «vértigo», parece ser el síntoma y el criterio de la eficacia interior, de la probabilidad de esa solución. Y se diría que delata la presencia en el organismo de un espíritu de contradicción, de intenciones bastante irracionales, proclive al absurdo, cuando no a lo escandaloso. Un espíritu que se obcecaría en proporcionar las pruebas de una realidad particular mediante la realización incluso de lo imposible.

La pose de la niña sentada y sus condiciones eran perfectamente normales... El juego de desplazamiento, apenas sobrentendido por la conciencia, sólo podía tornarse visible en nuestra interpretación. Razón por la que proponemos verificar el mismo mecanismo en un caso más bien excepcional pero consciente, que recogió Lombroso y que

denominó «Transferencias de sensaciones en la histeria y la hipnosis».

Se trata de una joven «de 14 años, agraciada físicamente, que había crecido bruscamente :_:5 cm en la pubertad, y cuyas primeras reglas venían acompañadas de síntomas histéricos. Al cabo de dos meses llegaron los accesos de convulsiones y de hiperestesia, en los que confundía un hilo en su mano con una barra de hierro. Al cabo de un mes, tras episodios de sonambulismo y diversos cambios en el carácter, perdió la visión en los dos ojos, al mismo tiempo que adquiría la facultad de ver por la punta de la nariz y el lóbulo izquierdo de la oreja, pero seguía conservando la misma agudeza visual. La misma transposición se produjo con el olfato, que se desplazó al talón...

«Éstos no son fenómenos aislados. Otra joven de 14 años, a la que también le había venido la regla hacía poco, presentaba tos convulsiva, cefalea, desmayos, espasmos, convulsiones faciales acompañadas de cantos, sueño que se prolongaba

a veces hasta tres días y episodios de sonambulismo en los que veía claramente con la mano y leía en la oscuridad».

Como en el caso de la niña sentada, existe un conflicto inicial entre el deseo y su prohibición, pero en esta ocasión es violento, como la crisis de pubertad en cuestión. Irresoluble, el conflicto conduce de manera inevitable al rechazo del sexo, a su proyección en el ojo, en la oreja y la nariz: proyección o desplazamiento que nos explica —en la base misma del fenómeno— la valorización hiperbólica de los órganos de los sentidos, la dramatización de sus funciones.

Pero esta primera transferencia, supuestamente análoga a la fusión «Sexo-axila», ¿no habría podido bastar?

Para captar el motivo manifiesto de la segunda transferencia, la del ojo a la mano, por ejemplo, será preciso creer que el ojo, un doble de la imagen condenada del sexo, era incapaz de disimular completamente la dimensión comprometedora de su contenido suplementario: no sería demasiado arriesgado pensar que los hechos de orden íntimo hubieran sido vistos, oídos, sentidos (de modo que, bajo la influencia del choque, de la repugnancia y del sentimiento de culpabilidad, la transferencia, o al principio, simplemente, la pérdida de la vista, significa: «no quiero ver nada, ya no quiero ver más»). De este modo, el ojo, la oreja, la nariz, expuestas a medidas de represión, se convierten a su vez en un «foco real», al que se opone necesariamente —la mano, el talón— un «foco virtual de excitación».

Esta explicación conduce a otra, más general, que la contradice un poco pero la completa. Al haberse deslizado la imagen del sexo bajo la del ojo, no existe obstáculo para

que la sexualidad (el amor), disfrazada de facultad visual, no cumpla sus célebres promesas. Pues el sentimiento de inferioridad, de disminución psicológica, causa y efecto de la neurosis, reclama una compensación y, además, una auténtica superación, que consistiría aquí en las pruebas más o menos objetivas de una capacidad supranormal: «poder ver con la mano». Y conviene subrayar





que aquí el desplazamiento ha alcanzado la superficie de la conciencia y su contenido irracional se ha convertido en manifiesto.

Del mismo modo que dijimos que la mano crispada se *opone* a la muela, debemos decir ahora que la imagen de la muela se *desplaza* a la mano, la imagen del sexo a la axila, la de la pierna al brazo, la de la nariz al talón. Mano y muela, axila y sexo, talón y nariz, en suma: excitación virtual y excitación real se confunden y se superponen.

* * *

De acuerdo con lo visto anteriormente, cabe preguntarse si el placer del brazo al simular la pierna no sería equivalente al placer de la pierna al jugar el papel del brazo, y cuestionarse si la falsa identidad establecida entre brazo y pierna, entre sexo y axila, entre ojo y mano, nariz y talón, no consistiría en una reciprocidad... Así, nos gustaría representarnos como un eje de reversibilidad entre los focos real y virtual de una excitación, eje que se trazaría en algunas partes, incluso en el campo de la anatomía métrica, y que, dada la afinidad opuesta entre los senos y las nalgas, por ejemplo, o entre la boca y el sexo, pasaría horizontalmente a la altura del ombligo.

Notas. El consabido movimiento que, al llenar de aire el pecho y echar para atrás los hombros, pone de relieve los senos, se acompaña naturalmente de un movimiento análogo, en dirección opuesta, de la parte inferior del tronco,

que a su vez pone de relieve, como un contrapeso, por decirlo de algún modo, los senos traseros.

En la *Interpretación de los sueños*, Freud señala que «al sueño se le da muy bien unir los contrarios y representarlos en un solo objeto. También suele representar un elemento cualquiera mediante su contrario, de manera que no es posible saber si un elemento onírico susceptible de contradicción traiciona un contenido positivo o negativo en el pensamiento del sueño».

Notas. «En un trabajo de K. Abel, *Der Gegensinn der Urworte*, he encontrado un hecho sorprendente para mí, pero confirmado por otros lingüistas: las lenguas primitivas se expresaban, desde este punto de vista, como los sueños; al principio no tenían más que una sola palabra para los dos lados opuestos de una serie de cualidades o de acciones fuerte-débil, próximo-lejano, unido-separado). Los términos específicos para designar los contrarios sólo aparecieron más tarde, mediante una ligera modificación del término primitivo». Sobre este mismo asunto, Freud recuerda la existencia de palabras con el mismo significado, en las que se ha invertido la sucesión de las letras: pot-Topf, Ziege-Geiss.

* * *

Hace mucho tiempo que las lenguas que hablamos alcanzaron su madurez. Pero el gusto por la reversibilidad que se encuentra en el origen de las palabras y que les confiere su ambigüedad vibrante, subsiste; cosa que resulta evidente en las formaciones verbales automáticas que tratan no tanto de comunicar algo como de experimentar el placer de nacer, de dar libre curso a un impulso instintivo, de «hacer el pensamiento con la boca» (Tristan Tzara).

Cada cual conoce la disposición y la facilidad asombrosa de algunos niños, por no decir todos, de hablar al revés:

Sere orrub, etc. Este mismo reflejo de inversión se encuentra naturalmente en la escritura y en el lenguaje automáticos propiamente dichos: «En el transcurso de las “experiencias de psicografía” suelen darse ejemplos de escritura especular en los que el médium escribe las palabras en sentido inverso, de modo que el mensaje sólo puede leerse sin dificultades al reflejarlo en un espejo; es algo que explicamos psicológicamente por la inversión de las corrientes nerviosas en los centros motores del lenguaje escrito; pero esta explicación no se sostiene cuando se trata de la inversión de las sílabas. Por otra parte, sería absurdo suponer que es el difunto quien se expresa de ese modo. No cabe duda de que el fenómeno de la inversión de las sílabas es el resultado de la actividad cerebral inconsciente del médium; eso es todo lo que podemos afirmar con seguridad; en cuanto a la causa que determina el fenómeno, sigue resultando psicológicamente inexplicable» (Ernesto Bozzano, *La Medianità poliglotta o xenoglosia*).

Evidentemente, aquí se trata sólo de la inversión: la reversibilidad propiamente dicha —la frase invertida— supondría que el sentido, el sonido y la forma seguir siendo rigurosamente idénticas a lo que eran antes:

LEON EMIR CORNU D'UN ROC RIME NOEL
Charles Cros

L'AME DES UNS JAMAIS N'USE DE MAL
Victor Hugo

EIN LEDERGURT TRUG REDEL NIE
Anónimo^[1]

Los hallazgos de este tipo son bastante raros y se incrustan en nuestra memoria con una tenacidad singular, aunque no sepamos demasiado bien por qué. No parecen